

Guadalupe Cuba, defensora comunitaria del Cusco, revela la vida de tantas mujeres peruanas llenas de sorpresas, risas y lágrimas en el limbo entre tradición y modernidad.

Conversando con... Guadalupe Cuba



Foto: Nelly Plaza

Guadalupe Cuba, una cusqueña de 47 años, ha podido ayudar a muchas mujeres e hijos de su barrio para que las autoridades las atiendan o para que disminuya la violencia en los hogares de familia. Desde hace cuatro años ella cumple ese trabajo de hormiga entre asistente social, conciliadora y defensora de las mujeres y niños ante las autoridades; y todo *ad honorem*.

Guadalupe sabe muy bien de lo que habla: su hermana fue asesinada por su propio esposo, un crimen que quedó impune y que marcó en adelante la vida de Guadalupe. "Nadie hizo nada por mi hermana", dice tristemente. "Ese fue mi motivo para comprometerme con los derechos de las mujeres."

En el rostro de Guadalupe se reflejan las lágrimas vertidas pero también, un vez que se 'suelta', las risas reídas. Detrás de su apariencia delgada y a primera vista tímida se esconde una mujer de carácter fuerte, perseverante y llena de sorpre-

La paisana (pero no la Jacinta)

Guadalupe Cuba no viste pollera; tampoco lleva trenzas, y habla un castellano preciso. Sin embargo, nos miran con asombro cuando entramos en un restaurante sanisidrino. ¿Qué imágenes habrán pasado en ese momento por la cabeza de la dueña del restaurante? Me temo que entre esas múltiples imágenes esté también la de la Paisana Jacinta: una mujer provinciana de habla incompleta y vulgar, con ropa descuidada, una mirada astuta y malévola.

Desde que llegué al país hace cinco años, esto no me deja de sorprender. Muchas cosas son simplemente incomprensibles para el espectador foráneo. Una de ellas: ¿cómo puede ser que la imagen más popular y prevaleciente, la representación pública de las mujeres del país, sea esa grotesca y denigrante interpretada por un hombre disfrazado de mujer? Y, peor aún, ¿cómo es que los hijos e hijas de las mujeres provincianas humilladas parezcan incluso gozarlo?

Este año la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos le otorgó su 'antipremio' a la discriminación al canal 2 por darle espacio a ese programa. Un premio, lamentablemente, ¡bien merecido!

sas. La primera: ella es bachiller en Antropología por la Universidad del Cusco. Para una chica que viene de las chacras de Chumbivilcas y que pisó un aula por primera vez a los diez años, no es poca cosa: "Mi papá nos dijo que no quería que sus hijas estudien, que tenían que casarse, pero mi hermano mayor lo convenció de lo contrario". A sus veinticinco años dejó el pastoreo y se fue a trabajar con una amiga a Arequipa, hasta que pudo regresar e ingresar a la Universidad del Cusco.

Mujeres en la casa...

En medio de sus estudios y trabajos criaba a un hijo, sola. "Como mujer quería tener un hijo, naturalmente. Decidí tener hijos, y los tuve, pues." Lo dice con un tono orgulloso. "¿Y el padre del hijo?", le preguntamos. Guadalupe deja entrever que nunca se planteó seriamente vivir con el papá del chico. Pero, como tantas mujeres, está luchando para que el padre reconozca a su hijo. "¿Y no te gustaría casarte, Guadalupe?", volvemos a preguntar. Por primera vez se le escapa una sonrisa pícaro: "Sí, me gustaría,

pero ¿cómo encontrar una pareja que quiera a una mujer que no se subordina, que conoce sus derechos? Veo a los varones: son demasiado machistas, te discriminan y te humillan. En mi entorno, todavía no veo que los hombres hayan cambiado". "Y tu hijo, ¿cómo haces para que él sea diferente?". "Desde pequeño le hablo mucho sobre la igualdad de derechos. Él tiene que aprender a lavar sus medias, a ordenar su cama; él lava los servicios y sabe cocinar. Las vecinas a veces comentan acerca de cómo lo educo así, me dicen que lo estoy criando demasiado doméstico y que en algún momento su mujer va a abusar de él."

... y en la política

"Nos faltan muchas mujeres en política", exclama Guadalupe. Ella está convencida de que la política sería mejor si fuera manejada por mujeres: "Una sola mujer es administradora, cuida su hogar, mantiene un ambiente sano; somos enfermeras y educadoras. ¿Cómo que con todas estas habilidades no estamos haciendo también política?", se pregunta, categórica.

"Lo que pasa", continúa Guadalupe, "es que cedemos mucho al varón. Siempre le estamos dando una porción más grande; así pasa con la comida y también con la política. De esta manera nosotras mismas fomentamos el machismo."

La conversación con Guadalupe nos deja la sensación de un machismo aún omnipresente... menos en el baile: en su tierra, Chumbivilcas, es costumbre que las mujeres saquen a los hombres a bailar: "A mí me encanta bailar", dice Guadalupe, y en su rostro se dibuja una gran sonrisa. Y según ella, a los hombres les encanta que la mujer los 'levante' para el baile. Un baile que sirve de desahogo, de fuente de energía y de gozo en la vida de tantas mujeres.

Mujeres que han hecho de todo para cumplir con las exigencias de la modernidad y que hoy, como Guadalupe, se tienen que ganar la vida vendiendo quesos o lavando ropa porque la situación económica no da más y la gran promesa de la educación ha fallado. Las lágrimas vertidas están allí, justamente. (Hildegard Willer) ■